

5

Elecciones y cambio político en Argelia (1990-2009)

Rafael Bustos

¿En qué condiciones pueden las elecciones en un régimen en transición o semiautoritario producir cambio político? ¿Qué otras funciones desempeñan las elecciones (legislativas, presidenciales, locales y referéndum) cuando no producen cambio político? ¿Generan cambio social, económico y cultural cuando sus resultados suponen un vuelco político brutal pero son abortadas? Estas son las preguntas principales que aborda este capítulo en el período que va de 1990 a 2007, es decir, en el período pluripartidista de la Argelia independiente. La idea que recorre el mismo pone en tela de juicio el hecho de que las elecciones en sistemas no democráticos hayan sido consideradas de escasa o nula importancia cuando no ignoradas simplemente por la ciencia política convencional. Bien al contrario, existen bastantes cosas que aprender desde la perspectiva de la ciencia política y de la sociología política que pasan inadvertidas ante la apariencia de inmovilidad que produce la sucesión regular de los gobernantes en el poder.

La escasa atención prestada a los procesos electorales en contextos no democráticos tiene que ver con la expectativa falsamente universal que se tiene de la democracia y sus instrumentos. Si acomodamos en realidad esas expectativas a la naturaleza determinada del sistema político y a la situación histórica particular de esa sociedad, podemos estudiar de manera diferente el impacto de las elecciones. Especialmente en un país que entre 1990 y 2007 experimentó un régimen de transición y luego otro autoritario pluripartidista sometido la mayor parte del tiempo a un conflicto armado.

El capítulo no repasa exhaustivamente todas las elecciones locales, legislativas, presidenciales y referendos habidos en este período, aun-

que ofrece un cuadro estadístico de estos comicios y un listado de todos los celebrados en la Argelia independiente (cuadro II). Busca, en cambio, los acontecimientos sociopolíticos precisos que sean causa o resultado del proceso electoral. De esta manera se sale del marco estrecho del análisis electoral que estudia cuantitativamente variaciones electorales y de la geografía electoral,¹ para adentrarse en el terreno de la sociología política, que comprende además variables como la movilización, la simbología política, la socialización, la renovación de las élites o el comportamiento electoral profundo. Es en este campo de las percepciones del poder y las relaciones entre ciudadano, organizaciones y régimen donde pueden encontrarse los cambios más interesantes asociados a los procesos electorales.

El capítulo se articula en torno a cinco ejes:

- Los antecedentes coloniales y el sistema de partido único hasta los procesos electorales actuales
- La «primavera democrática» o transición discordante como período fundacional
- La interacción entre procesos electorales y violencia política
- Las relaciones entre procesos electorales y crisis socioeconómica
- El restablecimiento institucional, la reconciliación y las elecciones.

Una primera precisión es necesaria antes de abordar el tema de lleno. Cambio político y elecciones no están intrínsecamente relacionados. Es decir, que puede producirse cambio político por otros medios que no son las elecciones; por ejemplo, a través de un golpe de Estado, de una revolución, de un proceso anómico, una crisis o una guerra. Por otra parte, las elecciones no se reducen al juego de los partidos políticos. En la sociedad existen otras instancias abiertas a la competición electoral, como son los sindicatos, las asociaciones, los colegios de abogados, jueces u otras profesiones más o menos cercanas al ejercicio del poder político. Pero este capítulo aborda las interacciones entre el cambio político por un lado y la competición electoral entre los partidos, por otro. Ahora bien, entendiendo por cambio político no sólo aquél que afecta a la estructura del Estado sino de manera más amplia a la distribución del poder en la sociedad, a las relaciones sociedad-Estado y a los modos de representación de ese poder.

Los antecedentes imprescindibles

La referencia que acabamos de hacer a otros modos de cambio político distintos de los cauces electorales es oportuna cuando reflexionamos sobre la historia política de la Argelia contemporánea. Pues aunque este capítulo se centra en la etapa pluripartidista vivida por los argelinos entre 1990 y 2007, lo cierto es que la experiencia de los argelinos con las elecciones no comienza en ese período. Al menos hemos de tener en cuenta las dos experiencias previas, la de los comicios coloniales y la etapa del partido único.

Las elecciones coloniales

Recordar esas dos etapas previas no se debe a un capricho ni al rigor cronológico, sino al hecho de que ciertos acontecimientos históricos ayudan a conformar la cultura política de un país. Piénsese por ejemplo en cómo, en España, la memoria histórica de la Segunda República condicionó el comportamiento de las élites y la sociedad española durante la transición en el sentido de acrecentar la cautela, incluso quizá más allá de lo deseable, por temor a repetir un enfrentamiento civil.

Pues bien, en el caso de Argelia y de manera parecida a otros estados magrebíes y del Tercer Mundo, el primer contacto con el mundo de los partidos políticos y las elecciones se produjo de la mano de la potencia colonial, en este caso, Francia. Durante el siglo XIX, Argelia conoció una vida electoral restringida a los europeos y en el marco del sistema de partidos dominante en Europa. Estos partidos fueron partidos de notables hasta la aparición de partidos de masas a finales de siglo. Como tales, los partidos de notables no sólo excluían a las mujeres (del sufragio activo y pasivo), sino a muchos ciudadanos que no reunían los requisitos de educación o ingresos necesarios. La aparición de los partidos de masas como los partidos obreros, rompió con el voto censitario pero no integró a la mujer hasta bastante más tarde (por ejemplo, 1945 en Francia).

Los no europeos, llamados entonces «musulmanes», fueron excluidos de la representación desde el inicio de la colonización (1830) hasta 1919, al acabar la Primera Guerra Mundial. Antes de esta última fecha, los argelinos autóctonos eran representados en un segundo colegio electoral (separado, por supuesto, del de los europeos)² por 60 personas designadas, sin votación, por las autoridades coloniales. Estas 60

personas representaban a unos 8 millones de autóctonos, de la misma forma que otros 60 diputados representaban al millón aproximadamente de colonos europeos (datos recogidos hacia 1950). En 1919, tras luchar en el frente con el ejército francés, los varones autóctonos de Argelia accedieron a la representación electoral. Las mujeres argelinas, en cambio, fueron privadas de este reconocimiento hasta mucho más tarde, en plena guerra de independencia (1958).³ Cuando Francia se decidió en firme a promover la educación, en general y la de las mujeres en particular, y a promover cierta igualación en derechos y disfrutes sociales, fue ya demasiado tarde, porque el sistema de «apartheid» había comenzado a resquebrajarse.⁴ Las medidas reformistas ya no podían tomarse en serio después de tanto tiempo perdido y de tanta cicatería en paliar las discriminaciones más sangrantes. La «revolución», en lenguaje liberador argelino, estaba servida; corría el año 1954.

Por supuesto que hubo comicios entre 1919 y 1954, como los hubo en Marruecos, Túnez, Egipto y otros países árabes que también conocieron una primera época «liberal». A aquellas elecciones concurren diferentes partidos que presentaban sus candidatos al colegio electoral de los autóctonos. Pequeños partidos de notables y funcionarios, partidos liberales formados por profesionales, partidos nacionalistas y el Partido Comunista, aunque éste estuvo mayoritariamente integrado por europeos. La asociación reformista musulmana (Asociación de Ulemas Musulmanes Argelinos) pese a su influencia social no se constituyó en partido ni se presentó a las elecciones. Pues bien, en todas aquellas elecciones, nunca obtuvo la victoria ninguno de los partidos nacionalistas más populares (primero el ENA-Étoile Nord-Africaine, luego el PPA-Parti du Peuple Algérien y finalmente el MTLD-Mouvement pour le Triomphe des Libertés Démocratiques), yendo el triunfo a parar a manos de los pequeños partidos de caciques y funcionarios.⁵ Los llamados «partidos moderados» eran estructuras vacías formadas por argelinos afines a los franceses, por élites administrativas o notables próximos a los colonos. Ni que decir tiene que la práctica del llenado de urnas o del traslado escandaloso de campesinos hasta los colegios para votar, con la ayuda inestimable del cacique y las autoridades, estaba a la orden del día y era bien conocida por todos.⁶

La sistemática derrota en estos comicios provocó divisiones en el movimiento nacionalista en cuanto a la mejor táctica para hacer avanzar sus intereses. Hubo algunos partidos que optaron por seguir presen-

tándose a las elecciones, mientras que otros o sus líderes prefirieron abandonar una vía que consideraban trucada y cerrada definitivamente.

La cuestión de la representación se planteaba en términos mucho más críticos que en los vecinos Marruecos y Túnez, puesto que en Argelia la segregación social y la exclusión política eran mucho mayores, a pesar de que paradójicamente Argelia era un territorio metropolitano de Francia y no un protectorado como Marruecos y Túnez. En éstos, la pervivencia de una estructura estatal anterior a la colonización permitió que la representación electoral canalizara demandas de mediación entre la metrópoli y el sultán (Marruecos) o el bey (Túnez). En cambio, en Argelia, al haber sido destruido el estado precolonial, la representación sólo podía tener sentido como mecanismo que suavizara la brutal segregación y apropiación de los recursos. Pero justamente esa cuestión era la piedra angular de la colonización, por lo que los colonos opusieron siempre una feroz oposición a todo intento procedente de París por aliviar la enorme brecha sociopolítica entre «europeos» y «musulmanes».

Para agravar las cosas, a la explotación económica y la exclusión política se sumaba la torpe segregación religiosa, jurídica y lingüística. En Argelia, Francia se empeñó en mantener una falsa oposición, entre ser francés y ser musulmán, de forma que para ser francés se precisaba el abandono de las costumbres y normas musulmanas (el llamado estatuto personal). Como además, lo musulmán había sido mantenido y presentado expresamente como atrasado y obsoleto, el rechazo que los autóctonos sentían por la colonización francesa se convertía en una búsqueda de refugio en la «identidad musulmana». Aunque los católicos en Francia o los judíos en Argelia, no tuvieron problema en ser naturalizados o integrados y disfrutar plenamente de la ciudadanía francesa, los argelinos musulmanes encontraron todo tipo de obstáculos y en su mayor parte rechazaron la nacionalidad francesa. Francia, por tanto, creó dos sistemas jurídicos paralelos, el francés con sus códigos y tribunales y el de los autóctonos, con estatutos y normas en cuya codificación también mediaron los franceses, curiosamente seleccionando algunas veces las interpretaciones religiosas más reaccionarias. Crearon dos sistemas de justicia paralelos y hasta dos administraciones. Finalmente, en el terreno lingüístico, las autoridades coloniales trataron la lengua árabe como una lengua primitiva y bárbara, vector de atraso económico y social. Esto se llevó a extremos en Argelia, que no encuentran comparación ni en Túnez ni en Marruecos, donde al menos se cuidó el bilin-

güismo de las élites.⁷ El nivel de alfabetización en general y en árabe en particular, decayó en Argelia brutalmente bajo la colonización. Según Marc Ferro, mientras que en 1847 estaban bastante alfabetizados en árabe, en 1944 ocho de cada nueve árabes era analfabeto. Pero no sólo eso: en lugar de utilizar el francés como lengua de integración, al tiempo que se estaba provocando una fortísima aculturación de la sociedad tradicional argelina, el colonizador sólo ofreció la educación francesa a una élite muy reducida y muy tardíamente. La gran mayoría de los argelinos autóctonos se vieron excluidos del acceso a la educación, la cual rechazaron durante las primeras décadas de su introducción pues la percibían como otra herramienta más de control colonial. Sólo progresivamente, y especialmente tras la marcha a Europa de los obreros argelinos para ayudar en las fábricas durante las guerras mundiales, se empezó a tomar conciencia de la utilidad y las ventajas de la educación moderna. Al empezar la guerra de independencia (1954), se encontraban escolarizados unos 221.000 alumnos autóctonos, más de dos terceras partes, niños, que representaban menos del 5 % del total.⁸

No es de extrañar por tanto, que el lema nacionalista argelino, formulado por Tawfiq al-Madani de la Asociación de Ulemas Argelinos, fuera «*L'arabe est ma langue, l'Islam est ma religion et l'Algérie est ma patrie*».⁹ Porque fueron precisamente estos dos primeros elementos los que el colonizador demonizó y maltrató torpemente. En cambio, la berberidad no fue incluida en la trilogía de al-Madani, y quizá la razón más evidente sea que fue valorada positivamente por el colonizador, que creó y utilizó para su propio fin el mito del buen bereber «civilizable» y «cristianizable» (mito del buen salvaje) por oposición al árabe y musulmán «levantisco» y «fanático.»

Lógicamente, el contacto entre la sociedad argelina y los padres de la «Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano» no fue la de una admiración inmediata por los valores y normas políticas del colonizador. Esto es algo que no puede dejar de olvidársenos, pues si Francia se veía a sí misma como portadora de unos valores dignos de su transmisión universal, la manera en que dichos valores eran «aplicados» en la sociedad colonial no podía menos que levantar la sospecha en quienes los sufrían. La frase de otro pensador anticolonial, Léopold Senghor, es lo suficientemente elocuente de esta contradicción: «*La France, qui dit si bien les bonnes routes. Et emprunte si souvent les chemins tortueux* (Francia, que enuncia tan bien los caminos rectos y toma tan a menudo los caminos tortuosos)».¹⁰

Si he dedicado el tiempo y espacio para explicar el contexto en que

se desarrollaron las elecciones coloniales es porque evidentemente esta experiencia marcó al pueblo argelino no sólo en la adopción de un sistema de partido único sino incluso en ciertas actitudes que llegan a nuestros días, de desconfianza profunda hacia los partidos y sus posibilidades. Los fracasos de los partidos y líderes que continuaron participando en las elecciones coloniales, una y otra vez trucadas, tuvo una importancia fundamental en la aparición del Frente de Liberación Nacional (FLN). Las divisiones entre partidos y en el seno del partido de Mesali Hach (la principal formación del movimiento nacionalista, el MTLD) fueron tan graves, que finalmente un grupo de militantes tomó la opción de la lucha armada. Éstos crearon en un primer momento un órgano militar, la O.S. (Organisation Spéciale) y posteriormente el CRUA (Comité Revolucionario por la Unidad y la Acción) que lanzó el 1 de noviembre de 1954 el llamamiento a la insurrección armada. Fue el nacimiento del Frente de Liberación Nacional, el FLN. El éxito del FLN en conseguir sus objetivos, a pesar del enorme coste y del sacrificio de ocho años de guerra, dio la razón a los que preconizaban la acción directa y no a los defensores de la acción política, gradual, que se realizaba a través de los partidos políticos.

Esto explica en buena parte por qué al terminar la guerra y proclamarse la República Democrática Popular Argelina (1962), una de las primeras acciones del nuevo Estado fue ilegalizar al resto de formaciones políticas (FFS-Front de Forces Socialistes y PCA-Parti Communiste Algérien) y crear un partido único, el FLN. No sólo eso, el nuevo régimen independiente elevó al rango de máximo enemigo interno al partido de última hora creado por Mesali Hach (el MNA, Mouvement National Algérien) y a los sectores que fieles a éste vacilaron a la hora de emprender la lucha armada y que el mismo FLN combatió durante la guerra (por ejemplo en la matanza de Meluza). En realidad, el FLN no fue nunca un partido, sino un frente de fuerzas dispares que habían ido uniéndose durante la guerra. De modo que alcanzada la independencia, el frente fue transformado en una especie de organización burocrática y política, cuando en realidad nunca había funcionado antes como partido político. Este hecho refleja a su vez el descrédito que los partidos políticos sufrían a los ojos de la población argelina. Los partidos eran símbolo de división, verborrea y debilidad. El Frente, en cambio, significaba fuerza y determinación, unidad y acción. No en balde, el FFS creado por el cabildo Ait Ahmed al entrar en disidencia con el FLN y mucho después, el FIS, eligieron para sí mismos las siglas de frente y no las de partido.

Efectivamente, estos factores internos no fueron los únicos que incidieron en la creación de un sistema de partido único. Los años sesenta fueron la época por excelencia de este tipo de sistemas, especialmente en el Tercer Mundo, donde pronto ganaron varios continentes. En el mundo árabe, en concreto, el naserismo se encontraba en plena expansión con la Unión Socialista Árabe de Naser, erigida en gran partido único capaz de arrastrar a otros partidos panarabistas de la región.

Elecciones bajo el sistema de partido único

Pues bien, la segunda experiencia argelina con las elecciones, fue la del sistema de partido único. En esta fase, se puede decir que a pesar de los términos «partido único» y «elecciones», Argelia se encontraba lejos de un aprendizaje significativo de la democracia como también lo estuvo por otra parte durante la colonización. Se ha llegado a decir que la expresión «partido único» es una contradicción en sí misma, puesto que partido significa parte e implica que hay otros que desarrollan la misma función y compiten con él. En cuanto a «elecciones» con un «partido único» tampoco parece tener mucho sentido. Ya que elegir significa poder optar entre varias posibilidades «sustancialmente» diferentes. ¿Y qué diferencias ofrece el reclutamiento en el seno de un partido único? Esta cuestión tiene que ver con la legitimidad de las democracias populares, algo que se planteaba en todo el mundo socialista y en muchos países del Tercer Mundo. En estas democracias, la representación liberal no tiene sentido y es denostada por otra parte, por su vinculación con la sociedad burguesa. Por eso se privilegia una especie de representatividad de clase, que asegura por ejemplo que sean elegidos una mayoría de obreros y campesinos en las instancias del partido. Las clases propietarias consideradas «parasitarias» y «antisociales» son normalmente excluidas. Ese modelo de representación naserista será aplicado en Argelia y también en Siria, aunque con variaciones.

Como Michel Camau ha explicado suficientemente, la idea complementaria del nacionalismo magrebí durante los años sesenta y setenta, especialmente en Túnez y Argelia, pero también en Marruecos, es la unanimidad.¹¹ Los nuevos países magrebíes independientes van a emplear todos sus esfuerzos en dotar, por una parte, de poderes a sus estados (en Túnez y Marruecos reforzándolos, y en Argelia, creándolos prácticamente de la nada) y por otra, en canalizar el sentimiento nacionalista que hizo posibles las independencias para crear un sentimiento

de nación, fuerte, integrada y lo más homogénea posible. De ahí el recurso al líder como encarnación del pueblo (Burguiba o Bumedian, pero también Hasan II) o al ejército como motor de desarrollo en comunión con el pueblo (Marruecos y Argelia).

El unanimismo consiste en afianzar la unidad y anteponer un interés abstracto y general del pueblo a toda división o interés particular, ya sea de clase, región, religión o etnia. En este sentido, el unanimismo refuerza el sistema de partido único y viene a refutar directamente la base de la representación liberal occidental, la existencia de intereses contradictorios en la sociedad que necesitan expresarse en mutua y abierta competición. Al contrario, en el Magreb, las «mini-guerras» civiles vividas nada más conseguirse las independencias (en Marruecos (1958-59) y Argelia (1962-63), y en menor medida en Túnez (1955 y 1962) son el recordatorio doloroso que los líderes tienen en mente para silenciar toda división y considerar las protestas como germen peligroso de nuevas rupturas disgregadoras. El sistema de partido único y el unanimismo duraron en Argelia y en el Magreb en general, hasta mediados de los ochenta. Es entonces cuando la crisis económica y el alarmante desprestigio político van a dar al traste con el «contrato social» postcolonial basado en el acuerdo de consenso y acatamiento a cambio de desarrollo socioeconómico. La crisis abierta dará paso a las reformas políticas y económicas que a su vez abrirán la puerta a una nueva fase de multipartidismo autoritario, en la que nos encontramos hoy.

Las elecciones durante la etapa socialista o de partido único cumplieron las siguientes funciones: a) plebiscito del régimen, cuando se trataba de elecciones presidenciales o de referéndum para la aprobación de la Constitución o de la Carta Nacional (documento programático) (véase cuadro II en los anexos); b) confirmación de la selección de candidatos propuesta por el partido, y elección, cuando se trataba de elecciones legislativas, entre uno de los dos candidatos propuestos; c) extensión de la presencia del partido a las instancias locales, cuando se trataba de elecciones a comuna y wilaya, dando el visto bueno a los cargos electos que en cualquier caso estaban dotados de escaso poder. En todos estos comicios, la fórmula electoral empleada fue la de escrutinio mayoritario con candidaturas uninominales distribuidas en circunscripciones pequeñas.

La coexistencia de una asamblea parlamentaria, suspendida tras el golpe de Bumedian (1965) y restablecida a partir de la Constitución de 1976, con un sistema de partido único, planteaba no pocas contradic-

ciones. Puesto que el partido era de por sí la «encarnación del pueblo», la cuestión era qué valor añadido podía aportar un parlamento. En la medida en que el partido se imponía sobre los representantes populares, hasta tal punto que según la primera Constitución de 1963 podía llegar a revocarlos, ¿cuál podía ser la libertad de mandato de los diputados? La Asamblea Popular Nacional (APN) sirvió para revestir de mayor solemnidad las decisiones del ejecutivo, que hasta entonces sólo tenían el rango de *ordonnances* o decretos y que ahora pasaban a ser leyes por la vía del parlamento.

¿Cómo se ejercía la influencia del partido en la selección de diputados, concejales, alcaldes y otros cargos electos? ¿Se establecía algún criterio ideológico o requisito socioeconómico, como en Egipto, para ejercer el sufragio pasivo en un proceso electoral? Evidentemente, la militancia en la guerra de liberación, la llamada «legitimidad histórica» era indispensable, o al menos poder certificar que no se había tenido una conducta antirrevolucionaria durante la misma. Esto es lo que permitía adherirse al FLN o a las organizaciones de masa (sindicato, organización de mártires, de mujeres, estudiantes, etc.). La práctica era, no obstante, algo más flexible para algunos grupos profesionales y sectores sociales:

La pertenencia al FLN es en principio el requisito indispensable para optar a la representación en el sistema político argelino (Bustos, 2003a, p. 280). Sin embargo, si bien es cierto que todos los aspirantes han de llevar el «sello» del partido para ser elegibles, no lo es menos que los grupos de status profesional como los burócratas y tecnócratas pueden sortear este requisito y llegar a ser muy influyentes. Asimismo, los militares son por derecho propio militantes del FLN y como tales envían a sus delegados a los Congresos del partido y disfrutan de todas las prerrogativas de la representación que se desprenden de la pertenencia al FLN. De hecho, estos tres tipos de élites (*apparatchik* del partido, funcionarios y militares) se entremezclan en innumerables órganos del Estado, diluyendo el requisito de militancia a sus aspectos formales. (Bustos, 2003a, p. 283.)

A partir de 1980, con Benyedid ya en el poder, se introduce un tercer candidato para cada escaño en la Asamblea Popular Nacional (APN), sin que esto modifique en absoluto el sistema de representación o de designación a cargo del partido. Formalmente, la ley electoral de 1976 afirmaba que la mayoría de los miembros de las asambleas y otros órganos electos debían ser obreros y campesinos. Sin embargo, en la práctica este requisito era muy difícil de cumplir y se relajaba ampliamente:

Este principio se aplicaba también a los candidatos del FLN a los puestos electos del Estado (comuna, wilaya, célula de empresa, Asamblea Nacional y organizaciones de masas desde 1980). Estos candidatos debían ser seleccionados teóricamente de entre las fuerzas populares del país: campesinos y obreros, las más de las veces. Sin embargo, dos estudios realizados sobre la procedencia social de los candidatos y diputados en las elecciones a la APC [asambleas populares de comuna] de 1967 y a la APN de 1976 revelan un incumplimiento manifiesto del principio de representación proclamado. Si bien es cierto que en ambos casos estaban ausentes la gran burguesía propietaria y empresaria, categorías oficialmente privadas de representación, no lo es menos que la gran mayoría de los cargos (alrededor del 60 %) eran burócratas del partido y del Estado y que sólo una pequeña minoría (alrededor del 15 %) eran obreros o campesinos. En efecto, en la práctica el FLN fue incapaz de nutrirse de las masas trabajadoras y de presentarlas como candidatas a puestos de representación pública. (Bustos, 2003a, pp. 281-282).

A pesar de la distancia entre sus cometidos y sus realizaciones, los dirigentes le van a encomendar [al partido único] nuevas tareas como la supervisión de las organizaciones de masa, sobre todo de la Central sindical y la absorción de los que fueran colegios profesionales, con la creación de las uniones profesionales. (Bustos, 2003a, pp. 281-282.)

Al tratarse de un partido único con su sistema de organizaciones de masa, se impone saber qué representatividad contaba y cómo evolucionó con el tiempo. En este sentido, resulta difícil conocer el apoyo real con que contaba el FLN de aquella época. Pero pueden hacerse algunas estimaciones, siempre con cuidado de no tomar a pies juntillas las cifras oficiales, a partir de los resultados de algunas consultas electorales y del censo electoral:

Su número real es difícil de calcular debido a la naturaleza no competitiva de las consultas electorales. No obstante, habida cuenta de la participación en las elecciones legislativas de 1977, 1982 y 1987, en las que se presentaban sólo candidatos del FLN, situaríamos el apoyo al partido en una media del 79 % del censo electoral, que era de entre 8,5 y 10 millones en esos años (R. Benyoub, *L'Annuaire politique de l'Algérie*, Alger, 1999, pp. 72-73). Si tomamos el número de votos afirmativos en los referendos de 1988 y 1989, habría que estimar en una media del 82 % el número de partidarios del FLN sobre 11 millones de votantes, y un censo de población de 23 millones (G. Martín Muñoz, «Argelia en transición» en *Awraq* vol XXII, 1991, p. 116). Tomando con la máxima precaución estos datos,¹² el FLN contaría con una masa afecta muy numerosa de alrededor del 40 % de la población. (Bustos, 2003a, pp. 206-207.)

La primavera democrática, período fundacional del pluripartidismo

Aunque siempre existieron grupos en disidencia dentro y fuera del país —el FFS y el MDA de Ben Bella, ambos en el exilio, el Partido de la Vanguardia Socialista (PAGS, antiguo Partido Comunista argelino) que dió un apoyo crítico a Bumedian pero luego sufrió bastante represión en el interior, y más en los años ochenta, el movimiento cultural bereber, las ligas de derechos humanos, el movimiento sindical autónomo, las asociaciones feministas y el movimiento islamista—, el control ejercido por el sistema de partido único y sobre todo, por los grupos de la administración y el ejército (que manejaban aquél) no se resquebrajó definitivamente hasta 1988. Ninguno de esos grupos por sí solo o con ayuda de otros pudo poner al descubierto la deslegitimación creciente del régimen. Sólo las revueltas de octubre de 1988 reprimidas sangrientamente y en las que participaron jóvenes y adolescentes de varias ciudades sacaron a la luz el deterioro progresivo del régimen. Cuando el malestar penetró las propias estructuras del estado, ya divididas por las luchas clánicas,¹³ se hizo evidente que el partido-Estado no sólo había perdido el monopolio de la representación, sino que el descontento podía ser «hábilmente» dirigido contra sus símbolos más emblemáticos: los locales del partido, los edificios públicos, las agencias de la compañía aérea nacional, los almacenes estatales de ropa o de alimentos, etc.¹⁴

Octubre de 1988 no fue sólo la revelación flagrante de los males del sistema de partido único, sino de toda la gestión política de la economía, la educación y el bienestar. El «shock» que supuso en todo el país¹⁵ y en la sociedad, permitió que avanzaran rápidamente toda una serie de reformas políticas y económicas que habían estado preparándose los años anteriores y que las luchas de clanes habían bloqueado. El equipo de los reformadores liderados por Hamruch estaba preparado para llevarlas a cabo, pero la tarea no sólo requería un buen grupo de gestores bien dispuestos. La misión era de tal magnitud que requería condiciones que no estaban en absoluto presentes. Entre ellas, que se les dejara trabajar en esa dirección, y para ello, que se contara con un fuerte consenso (entre las élites y en la sociedad) para realizar dos transiciones simultáneas (una económica y otra política) con sus consiguientes costes y sacrificios. Nada más lejos de la realidad. Asimismo era necesario que los núcleos duros del poder estuvieran dispuestos a aceptar los imprevistos y sorpresas que el cambio político podía acarrear, pero optaron por detener este último antes que adaptarse ellos al cambio.

Desafortunadamente, el cambio político se inició de manera sospechosa y trágica, en octubre de 1988, alimentando aún más las divisiones de las élites en vez de reducirlas, por lo que no se produjo ningún acuerdo fundamental sobre el rumbo de las reformas. Bien al contrario, todos los cambios que podían tener un impacto duradero y beneficioso en el sistema político o económico fueron interpretados torticeramente por sus adversarios como un ataque contra ellos, al que debían hacer frente. Fue efectivamente la estrechez de miras, los intereses miopes y cortoplacistas de los clanes y la ausencia de todo entendimiento sobre lo esencial de la transición lo que dinamitó el cambio político en Argelia. Al no existir ningún acuerdo de mínimos ni voluntad para alcanzarlo, cualquier reforma importante que se adoptara se convertía automáticamente en arma arrojadiza que los clanes se lanzaban unos a otros, cuando no contra quienes la habían ideado.

En poco tiempo, acelerado por los sorprendentes resultados electorales de las elecciones locales (1990) y por las movilizaciones que indujo la primera guerra del Golfo, cayó el equipo de los reformadores (marzo 1991) y con ellos el plan de reforma económica, financiera y comercial. El impulso democratizador inicial convertido en simple inercia, por la salida de sus diseñadores, sólo duraría lo que una barca sin timón en perder el rumbo. Sin orientación ni orientadores que lo guiaran, el proceso electoral cayó en las manos de grupos de poder que luchaba cada uno por su supervivencia y que consideraban las elecciones como un medio o un estorbo para la misma. Un riesgo que era en cualquier caso demasiado grande para persistir en el intento.

No sólo hubo inmovilismo y miedo al cambio, sino también errores manifiestos de cálculo y confianza excesiva, así como tácticas temerarias que acabaron por dinamitar la situación. Como por ejemplo, apostar por la abstención o los independientes para frenar al FIS, cuando esa táctica podía perjudicar más al propio partido que al que se intenta debilitar. O como negociar varios meses con líderes del FIS en prisión para que el partido participara en las elecciones legislativas, sabiendo que si vencía se iban a anular las elecciones. O como enviar a campos de detención en el Sahara a miles de alcaldes y militantes del FIS tras ilegalizar el partido, para luego liberarlos por carecer de argumentos legales contra ellos.¹⁶ Estos errores trágicos y acciones provocadoras o suicidas son difíciles de entender incluso hoy. Sólo si pensamos que son en buena medida resultado del oscuro ejercicio del poder durante varias décadas, de las intrigas y maniobras secretas de los clanes, de pronto aceleradas y expuestas a la luz, podemos encontrar meridiana-

mente algún sentido. Si dentro de grupos de actores entre los que predomina la circulación de información, pueden llegar a tomarse decisiones irracionales, en un ambiente en el que domina la opacidad y donde los servicios secretos del ejército poseen los ases de la baraja (la información y la fuerza), la irracionalidad aumenta exponencialmente.

Las elecciones, como hemos visto en esta etapa fundacional del pluripartidismo argelino, no fueron nunca consideradas un instrumento más o menos neutral que sirviera para marcar preferencias. Ni mucho menos una fórmula pacífica de alternancia en el poder para grupos de las élites. Para que esto se produzca, es decir, para que las elecciones pierdan el carácter de batalla decisiva por el todo o nada, es necesario que las bases fundamentales del sistema hayan sido decididas o consensuadas previamente. Sin largas negociaciones y cesiones mutuas o sin un entendimiento implícito o basado en la costumbre sobre unas normas fundamentales que orienten el funcionamiento de la economía, el Estado de derecho, el papel de los militares, la acción exterior, las relaciones entre administración y clase política, las cuestiones de identidad religiosa y lingüística, no es posible hacer de las elecciones un mecanismo aséptico descargado de las tensiones más fuertes que atraviesan la sociedad (los *cleavages* o fracturas). Con todos estos dilemas sobre la mesa, las elecciones pasan a ser el verdadero botín, el evento decisivo que puede resolverlas todas de una vez, echando por tierra todo atisbo democrático. Es verdad que la caída del socialismo y el partido único, simultánea a la primavera argelina, redujo las opciones sobre esas grandes cuestiones, pero al mismo tiempo incrementó la angustia y los miedos de todos aquellos herederos del sistema de partido único que no querían evolucionar hacia el cambio

Como Argelia no tenía resueltos ninguno de estos grandes debates —la independencia ciertamente escamoteó la discusión al imponer el monopolio del poder y el unanimismo— fue totalmente incapaz de poner en marcha un dispositivo aparentemente técnico (pactos, asamblea constituyente, etc.) que sostuviera el cambio político. Al contrario, todos estos cambios y debates planteados al mismo tiempo resultaron inabordables y destructivos, sobre todo en la medida en que los clanes los utilizaron para enzarzarse. El sistema electoral y de partidos puesto en funcionamiento sufrió los mismos bandazos que el resto de reformas. De hecho, la ley electoral fue reformada cuatro veces en dos años, no sólo el mapa de las circunscripciones sino también la propia fórmula de escrutinio.¹⁷ En cuanto al sistema de partidos, la elección fue deliberadamente permisiva al optar por criterios formales mínimos

para la creación de un partido (10 miembros), al hacer la vista gorda sobre posibles incompatibilidades ideológicas (aplicables tanto a partidos berberistas, laicos, comunistas como islamistas) y al situar la carga de la prueba en la acción *a posteriori* del partido. Durante todo el proceso, el sistema de partidos fue criticado, como la propia ley sobre los medios de comunicación. A la postre, tanto el sistema electoral como el de partidos soportaron el fracaso de las reformas y la parálisis política a que se llegó en enero de 1992, con la anulación de las elecciones, y en junio de 1992, con el asesinato, del último cartucho que era el presidente Mohamed Budiaf. El fracaso político dio paso a una era de tremenda violencia política, bajo la cual se volvería a reconstruir el sistema político a partir de 1995-96.

Elecciones y violencia

Como hemos visto, las primeras elecciones pluripartidistas de la Argelia independiente no acompañaron el cambio político y económico que se estaba produciendo sino que aceleraron su parálisis. Tanto la aprobación de la Constitución liberal de 1989 como el abandono de la economía socialista planificada quedaron interrumpidas cuando el cierre del proceso electoral degeneró en violencia. La Constitución fue virtualmente suspendida en enero de 1992, aunque la junta militar y civil que se formó entonces trató de justificar su toma del poder valiéndose de la misma. Por su parte, los nuevos gobiernos que sucedieron a Hamruch retomaron la vía de una fuerte intervención estatal en la economía. Este paréntesis duró unos años, coincidiendo con los más duros del conflicto, hasta que se volvieron a poner en pie las instituciones y una nueva Constitución, eso sí, bajo un escenario bélico.

Es cierto que la violencia había empezado antes de la cancelación de las elecciones. Con exactitud, hubo episodios de violencia en octubre de 1988, en mayo y junio de 1991 y en noviembre de 1991. En mayo-junio de 1991, el ejército procedió expeditivamente a desalojar las plazas y calles que ocupaban los militantes del FIS para mostrar su protesta ante la ley electoral cuya modificación se hizo expresamente para restarle fuerza al FIS. Después de los desalojos y de la suspensión de las elecciones, y durante todo el verano, el ejército efectuó redadas y detenciones de militantes del FIS y procedió a cerrar todos los locales de esta formación, así como a detener a sus principales líderes, acusados de llamar a la subversión. Finalmente, en noviembre de 1991 se

produjo un ataque armado a un puesto de la gendarmería cerca de la frontera noreste con Túnez (Guenmar), en el cual el comando asaltante mató a varios gendarmes y robó armas y munición. Las operaciones de persecución en los días que siguieron también dejaron varios muertos. En este sentido, la violencia nunca estuvo ausente del propio proceso de cambio político, algo que acabó teniendo fatales consecuencias.

Pero más allá del bloqueo al que conducirían las elecciones, éstas fueron en sí mismas portadoras de cambio en varios sentidos: primero porque pusieron fin a la «tradición» de elecciones amañadas (de la colonización) o intrascendentes (del partido único). Segundo, porque llevaron a gobernar en muchas comunas y *wilayas* a fuerzas que habían estado excluidas del poder durante largo tiempo, no sólo a los islamistas del Front Islamique du Salut (FIS), sino también al Rassemblement pour la Culture et la Démocratie (RCD), que resultó vencedor en 87 comunas de la Cabilia. Tanto el FFS de Ait Ahmed como el Mouvement Démocratique Algérien (MDA) de Ben Bella decidieron no acudir a las elecciones locales por considerar que se convocaban deliberadamente con precipitación para no permitir a las fuerzas de la oposición tener tiempo de organizarse. El FIS se hizo con 853 comunas de 1541, más del 50 %, que intentó gobernar, a pesar de las debilidades del poder local, durante año y medio. Esto trajo un personal político completamente nuevo, a veces ingenieros y titulados con buena formación y muchas ganas de cambiar el estilo político de la administración local. En otros casos, se repitieron conductas nepotistas y tratos de favor, como el empleo municipal para familiares y amigos, a los que el sistema de partido único acostumbraba. Las acusaciones de que en algunas comunas turísticas gobernadas por el FIS, los ediles islamistas impusieron estrictas normas de modestia en la vestimenta y la separación por sexos en la zona de playa han sido objeto de debate.¹⁸

A partir de 1995-96 se pusieron de nuevo en pie instituciones políticas y procesos electorales, aún cuando por supuesto la violencia estaba lejos de amainar. Al contrario, los años 1997 y 1998 fueron escenario de terribles matanzas en los alrededores de Argel (Los Eucaliptos, Bentalha, Rais, etc.). Es precisamente en zonas muy proclives al FIS donde tuvieron lugar dichos asesinatos en masa. Luis Martínez ha analizado el fenómeno de la violencia política en estas comunas del sur de Argel y S. Kalyvas ha tratado de explicar esa lógica macabra, pero lógica al fin y al cabo, que subyace a las matanzas de Bentalha y Rais, en la próspera Mitiya de la agricultura colonial. Al hacerlo, han quitado

argumentos a las acusaciones de fanatismo e irracionalidad que dominan las representaciones del islamismo radical. En concreto, Martínez explica cómo se produce el paso a la radicalización de los jóvenes de las barriadas abandonadas por los servicios públicos (donde el FIS había salido victorioso) con los cuales se ensañaban las fuerzas de seguridad en los meses que siguieron a la interrupción electoral. Jóvenes que en muchos casos se habían mantenido al margen de la política y de la religión, se politizaron al experimentar la humillación directa o perder un familiar como consecuencia de la represión. Martínez da cuenta también de las redes de extorsión y delincuencia que permitieron financiar a los primeros grupos que se lanzaron al maquis, y cómo con el paso del tiempo, la situación degeneró convirtiéndose en bandidismo estable. Kalyvas, por su parte, trata de entender las matanzas de 1997 y 1998 a la luz de otros sucesos parecidos ocurridos en otros lugares del mundo, normalmente durante conflictos civiles. La clave hay que buscarla en los cambios bruscos de una determinada población, que pasa de años de colaboración o apoyo a un grupo rebelde a estar en manos del ejército. Estos vaivenes, en zonas antiguamente partidarias del FIS, activaron los fenómenos de la delación y el cambio intermitente de bando, exponiendo el conjunto de la población a terribles represalias a gran escala. Así, antiguos pueblerinos que antes daban cobertura al maquis podían ser «ajusticiados» al pasar a dar apoyo al ejército que controlaba la zona y el ejército podía en determinadas circunstancias dejar que esto ocurriera, porque al fin y al cabo, los consideraba de poco fiar por su sospechoso pasado. De este modo, vemos cómo las elecciones llegaron a tener un impacto mucho después de haber sido anuladas, ya que seguían influyendo en la guerra fratricida porque los votantes del FIS fueron estigmatizados y considerados traidores potenciales. Es más, puesto que no era posible identificar a esos votantes con exactitud, la etiqueta se adjudicó a barrios o pueblos enteros sin distinción por el hecho de haber votado mayoritariamente al FIS.

Ahora bien, el proceso electoral no puede explicar el largo conflicto interno ni su continuación hasta hoy día. En 1997 el brazo armado del FIS firmó una tregua que condujo a su disolución en 1999. Por tanto, la violencia, como explicaba L. Martínez, generó nuevos modos de enriquecimiento y nuevos objetivos que hicieron que se mantuviera a sí misma y se reprodujera, alejada ya de las causas que la hicieron nacer.

Otro episodio más reciente en el que confluyen elecciones y violencia son las movilizaciones y revueltas cabilias que se produjeron a partir de abril de 2001 y durante varios meses, provocando una crisis mal

cerrada todavía, cuyos efectos se prolongan en el tiempo.¹⁹ Este movimiento conocido como los ‘*aruch* (plural de ‘*arch*, tribu) es algo equívoco y requiere aclaración. Como explica K. Direche-Slimani, no es un movimiento tradicional o tribal en sentido estricto, pues la base son las comunas y *dairas* (especie de distritos) organizadas en comités. De hecho sólo hay tres tribus como tales integradas en el movimiento. Sin embargo, el nombre elegido en un primer momento y la confusión han hecho que destaquen y se les critique por esa relación tribal. Tampoco son las reivindicaciones de este movimiento recogidas en la Plataforma de El-Kseur de tipo tradicional; al contrario, son más bien democráticas y extensibles al resto del país por no ser étnicas. Quizás el rasgo que ha pasado más inadvertido y que sin embargo es más atacable es la no participación de las mujeres en los órganos del movimiento.²⁰

Pues bien, la movilización comenzó cuando un joven de Kabilia (Masinisa) murió estando detenido en un centro de la gendarmería. Las marchas y protestas que siguieron se saldaron con fuertes enfrentamientos con las fuerzas de seguridad y nuevas víctimas y heridos. La impresionante capacidad organizativa que demostraron los ‘*aruch* permitió realizar grandes concentraciones en Argel, donde por otra parte, viven o trabajan numerosos cabilios. La primavera de 2001 (en alusión a la primavera bereber de 1980) hizo aparecer en escena un nuevo actor político, que venía a sumarse a los partidos tradicionales, el RCD y el FFS. El dominio de éstos y de sus tácticas de boicot electoral alternativo o combinado de las elecciones legislativas y locales empezó a tambalearse con la irrupción de esta nueva fuerza. Ésta llegó a negociar directamente con el gobierno alcanzando varios acuerdos relativos a la plataforma de El-Kseur, entre otras cosas. En 2002 se aprobó en referéndum que el amazigh pasaría a ser lengua nacional (no oficial, que sólo lo es el árabe), dando satisfacción parcial a una de las reivindicaciones de la plataforma (reivindicación n.º 8).

El efecto, querido o no, sobre los partidos tradicionales ha sido su debilitamiento, como lo prueban los resultados electorales y su capacidad decreciente para mantener el boicot en los comicios. Progresivamente, el porcentaje de participación en Kabilia ha ido creciendo si bien desde porcentajes muy bajos,²¹ signo del menor control de estos partidos sobre el electorado. El líder del RCD retrocedió en las presidenciales de 2004 desde el 9 % de 1995 al 2 % (véase cuadro III). En las elecciones parciales a las asambleas de comuna y *wilaya* en noviembre de 2005, el FFS y el RCD retrocedieron ligeramente en beneficio de los partidos oficialistas centrales, el FLN y el RND.²² Pero, al

mismo tiempo, el desgaste de las movilizaciones y las divisiones producidas por negociar con el régimen cuando inicialmente la plataforma de El-Kseur era irrenunciable e incondicional ha acabado por erosionar a los *'aruch* también, haciendo que la población se hastíe de tanta agitación y movilización permanente.

Llamativamente, el restablecimiento institucional a partir de 1996 y la progresiva minoración de la violencia de tipo terrorista y contraterrorista (ejército, milicias locales y grupos de defensa) a partir de 2001 no ha conllevado un aumento de la participación política, sino al contrario una caída de la misma. Este sensible descenso puede observarse en el cuadro III, tanto para las elecciones legislativas, como para las presidenciales y las locales. En todas ellas la participación cayó entre 15 y 24 puntos porcentuales, salvo en la presidenciales de 2009. Otro signo que corrobora esta tendencia es el lento aumento del censo electoral, especialmente a partir de 1997. Entre 1997 y 2004 el censo sólo aumentó en 1.304.000 votantes mientras que entre 1991 y 1995 aumentó en 2.600.000.²³ La inscripción en las listas electorales, si bien es obligatoria, no puede ser forzada, lo que evidencia una apatía o desinterés político evidente. También es interesante señalar que el diferencial entre el voto masculino y el voto femenino, que podía pensarse que acabaría por reducirse hasta desaparecer, se ha mantenido constante a lo largo de estos años. En las elecciones de 1997, por ejemplo, hubo una diferencia de casi un millón entre el número de hombres inscritos y de mujeres inscritas, lo que puede trasladarse al número de votantes.²⁴ Y esto a pesar de otros factores de igualación como la gradual elevación del porcentaje de mujeres activas en el mercado de trabajo, desde cifras muy bajas, y de una mejora de todos los indicadores educativos para las mujeres.

Crisis socioeconómica y procesos electorales

La década de los noventa ha sido para la sociedad argelina de enorme sufrimiento por el grave deterioro social y económico, un deterioro que a menudo queda tapado por la primera página informativa que acapara la violencia. Aunque la variable PIB *per capita*, es decir, la riqueza correspondiente a cada habitante, pueda disimularlo, se ha producido un descalabro en muchos indicadores socioeconómicos clave. La reaparición de enfermedades contagiosas como la tuberculosis e incluso de la peste en algunos pueblos sólo ha sido posible por la extrema dureza de las condiciones de vida. Además de la destrucción oca-

sionada por la violencia y su coste social y afectivo, el desmantelamiento de la industria pública de la mano de las privatizaciones y los recortes en gastos sociales relacionados con el ajuste financiero del programa del FMI (1994-1999) han dejado a muchísimos asalariados sin empleo, agudizando las desigualdades sociales y territoriales. En este sentido, una tesis reciente sobre geografía espacial de Argelia demuestra cómo las grandes diferencias entre el litoral y el sur (las zonas más desarrolladas) y el interior, bien sean las altas mesetas o las zonas fronterizas, lejos de disminuir se ha consolidado.²⁵ El mismo estudio «SNAT 25» encargado por las instancias oficiales reconoce estas desigualdades. Otra consecuencia de la crisis ha sido el *boom* del empleo informal, que se nutre en gran parte de mujeres. A pesar de la inyección de divisas por la exportación de hidrocarburos, el desempleo sólo ha bajado tímidamente desde el 30 % al 27 %, con tasas superiores al 40 % entre los jóvenes. La delincuencia se ha extendido a niveles que eran imposibles de imaginar durante la época del socialismo y el contrabando es una salida económica muy habitual en las zonas fronterizas con Marruecos, Túnez y el Sahel.

Este escenario también conoce aspectos positivos sobre todo en los últimos años ligados a la iniciativa empresarial y a los pequeños negocios, a la vuelta moderada de las inversiones y los actores externos al país, a la construcción de grandes infraestructuras y a la recuperación y el relanzamiento de la agricultura, un sector muy descuidado bajo el socialismo. Pero globalmente, el endurecimiento de la vida ha tenido repercusiones en los procesos electorales. Ya hemos citado la más evidente, el creciente abstencionismo, que más que circunstancial es estructural y refleja una toma de postura de desmarcamiento radical. El empobrecimiento y los malos servicios públicos ofrecidos en la Cabilia, especialmente con respecto a zonas urbanas próximas (Argel o Constantina) están detrás de las movilizaciones de los *'aruch* como ha demostrado Haddad²⁶ y se manifiesta claramente en las reivindicaciones de la Plataforma de El-Kseur (salario de inserción para desempleados, medidas contra las políticas de pauperización y subdesarrollo, un plan de urgencia socioeconómico para la Cabilia).²⁷ El ascenso fulgurante en el parlamento del Partido del Trabajo, una pequeña formación de orientación trotskista liderada por muchas mujeres, si no fuera sospechosamente artificial, nos haría pensar que está relacionado con el malestar social y laboral. También es perceptible el efecto de la crisis económica y social en la reaparición de un sindicalismo autónomo, concentrado en sectores como la educación, los funcionarios y deter-

minados profesionales especializados que asisten a una precarización alarmante del trabajo público. Es curioso que pese a la dificultad y carestía de la vida, no acaba de surgir en Argelia, ni en el Magreb, un partido de clase social fuerte (obrero o de asalariados). Predominando, en cambio, lo que se han llamado partidos de «*registres rassembleurs*» (reunificadores),²⁸ que giran en torno a los pilares nacionales (nación, arabidad, islamicidad y más recientemente, berberidad, para Argelia).

Restablecimiento institucional y reconciliación (1995-2007)

Las elecciones han tenido o han sido utilizadas para otro papel importante estos últimos años, el de contribuir al proceso de restablecimiento institucional y de reconciliación. Como dijimos, a partir de 1995-96 se pusieron en pie instituciones legitimadas por las urnas y conformes a la nueva Constitución (1996). La primera de ellas fue la elección presidencial que confirmó en su puesto al jefe de Estado, el general Liamin Zerual, en la que ha sido hasta ahora la elección más ajustada de unas presidenciales (60 % de los votos a su favor). Después, se aprobó la Constitución, que es en realidad una versión reformada de la de 1989, la que inauguró la «primavera democrática». Un texto que por sí mismo y junto a la nueva ley de partidos (1996) introduce múltiples requisitos y trámites para la legalización de partidos políticos, blindando por así decirlo la posibilidad de una reaparición del FIS o partido similar.²⁹ Del mismo modo, se estableció cuidadosamente una nueva fórmula electoral, de tipo proporcional y no mayoritaria (a diferencia de la adoptada entre 1990 y 1991), que tuvo no obstante un claro sesgo a favor de los partidos más votados (véase cuadro IV). Así se organizaron las elecciones legislativas y locales de 1997, criticadas por haberse producido supuestas maniobras fraudulentas. Con todo, estos comicios permitieron que funcionara de nuevo un parlamento, que legislara y tramitara las iniciativas gubernamentales.

Los vaivenes electorales (éxitos repentinos y fracasos inesperados de algunos partidos) han hecho que diversos observadores de las elecciones argelinas se pregunten por su limpieza. Esto a pesar de que se han ido introduciendo mecanismos y garantías procedimentales cada vez más afinados, por ejemplo, los de la ley electoral reformada en 2004. En 1997, un partido creado tres meses antes para representar la opción parlamentaria del presidente Liamin Zerual, el RND, ganó ampliamente las elecciones legislativas ante la incredulidad de propios y

extraños.³⁰ En 1999, tras la forzada convocatoria de elecciones anticipadas por Zerual, Abdelaziz Buteflika se presentó y ganó las elecciones sin el apoyo de ningún partido en concreto, sino con el de plataformas de asociaciones, grupos de poder y por supuesto, del Ejército. Quedó en evidencia la utilidad de los partidos. Otra vez, en 2002, el RND se hundió y el FLN emergió victorioso, al igual que el MSP-Mouvement pour la Société et la Paix y el MRN-Mouvement de la Réforme National, los dos partidos islamistas que intercambiaron posiciones sin razón aparente. Un pequeño partido, el de Luisa Hannun pasó de 4 escaños a 21. Pese a la victoria del FLN, Buteflika designó como jefe de gobierno a Ahmed Uyahia, del RND, segundo partido. Todos se interrogaron una vez más para qué sirven las elecciones y qué distinguía verdaderamente a los partidos (véase cuadro I). En 2004, no es que Buteflika se hiciera reelegir sin el apoyo de su partido, es que lo hizo contra la propia dirección del FLN que apoyó a su rival Benflis. Aún así, aplastó electoralmente, según las cifras oficiales, a su antiguo jefe de gobierno (cuadro III). ¿Cuenta por tanto tener el apoyo de los partidos, incluso cuando son dominantes en el parlamento? Después de todo ¿cuentan algo los partidos en el sistema político argelino?

En esta nueva época, que quizás habría que llamar de la tercera república argelina (tras la del «socialismo» de Ben Bella y la «primavera democrática») se ha ido imponiendo sobre todo de la mano de Abdelaziz Buteflika el recurso al referéndum con fines plebiscitarios. Aplicado al grave conflicto interno, el referéndum ha servido para plebiscitar las iniciativas presidenciales de «concordia civil» en 1999 y de «reconciliación nacional» en 2005. En ambos casos, las consultas se saldaron con abrumadoras victorias del sí. J-P. Bras ha denominado este recurso el «pacto personal» por oposición al contrato social o a los pactos constitucionales.³¹ Una especie de compromiso, no negociado por supuesto, entre el jefe del Estado y el pueblo, que «puentea» a los partidos y a las instituciones por medio de una consulta directa. ¿Será esta fórmula argelina el equivalente de la *bayaa* marroquí o del pacto nacional de Ben Ali en Túnez?

Al margen de la eficacia de ambas medidas para acabar con el terrorismo, está la cuestión de lo acertado del método, su justificación ética y su legalidad desde el punto de vista de los derechos humanos y del propio derecho argelino. ¿Pueden legislarse cuestiones como el perdón tal y como hace la Carta para la Reconciliación al pedir a los argelinos que perdonen a sus verdugos? ¿Puede acaso oficializarse una lectura histórica determinada y sancionarse todo cuestionamiento de la res-

ponsabilidad de las fuerzas de seguridad y los servicios secretos? ¿Puede concederse la impunidad o dejar en libertad a los culpables, y pasar página sin que haya habido esclarecimiento ni verdad? ¿Cabe la reconciliación sin el menor gesto simbólico de reconocimiento de culpa, tan sólo alegando simples «desbordamientos en la cadena de mandos»?³²

A modo de conclusión. Continuidad frente a cambio político y electoral (1990-2009)

Durante la colonización y el sistema de partido único, las elecciones fueron o bien amañadas o bien resultaban irrelevantes. En los dos casos, los cambios políticos se producían lejos de los comicios y asambleas. Ni siquiera en momentos de cambio electoral importante, creación de un colegio electoral indígena electo o concesión del voto a la mujer autóctona (1958), se produjeron consecuencias políticas dignas de mención. Durante la llamada «primavera democrática» (1988-1992), las elecciones sí produjeron resultados sustanciales e importantes, como la victoria en las elecciones locales del FIS, pero el propio proceso electoral fue víctima de todos los defectos de la transición, falta de acuerdos mínimos en los temas esenciales e intrigas y maniobras entre todas las facciones. La fórmula electoral fue modificada cuatro veces en dos años trasladándose todas las tensiones y fracturas de la transición a los resultados de los comicios. En consecuencia, las elecciones no pudieron desempeñar nunca su función de herramienta aséptica que permita una alternancia pacífica y un reparto provisional de poder. Al contrario, las elecciones se convirtieron en el propio objeto de todas las manipulaciones y estuvieron siempre rodeadas de brotes de violencia, que acabaron por hacerlas desaparecer.

Las consecuencias de esas elecciones fundacionales se dejaron sentir durante varios años. En primer lugar, a través de la violencia, si bien ésta no fue un resultado directo y automático de aquéllas. La acción de las fuerzas de seguridad se concentró en las barriadas periféricas donde el FIS había tenido más apoyo pero se dirigió ciega e indiscriminadamente contra muchos jóvenes (Martinez), provocando más violencia. Igualmente, la etiqueta «islamista» facilitó que tuvieran lugar las matanzas de Bentalha y Rais en pueblos de la Mitiya que cambiaron de bando y pasaron de apoyar al maquis islamista a cooperar con el ejército (Kalyvas). La violencia tuvo a su vez repercusiones sobre las elec-

ciones más allá de la obvia suspensión entre 1992 y 1995 de todo proceso electivo. Más de un millón de desplazados, que aún no han regresado por completo a sus casas, huyendo del conflicto influyeron junto a la aguda crisis económica y social en la caída continuada de la participación y la indiferencia o rechazo de la política. Curiosamente, la disminución de la violencia a principios de siglo no ha invertido esta tendencia.

Esa durísima crisis económica y social de los noventa está detrás de las revueltas y movilizaciones de los *'aruch* en Kabilia, que no son sino la manifestación más avanzada de un malestar que se extiende por otras muchas zonas del país. La capacidad organizativa y la conciencia política de la Cabilia, patente en los *'aruch* (un movimiento no tradicional, aunque sí masculino), explica la mayor envergadura y pervivencia en el tiempo de este movimiento de protesta. Esto a pesar del maná de divisas que han llegado en los últimos años y que ha permitido una lenta pero continuada mejoría económica en muchas partes del país.

Ciertos elementos han demostrado una gran resistencia al paso del tiempo, como el fenómeno tribal en zonas del interior (Cherrad) o en el sur (Ouenzar) y el clientelismo predatorio más o menos generalizado (Hachemaoui). La importancia de los lazos primarios en el comportamiento político se ha hecho evidente en diferentes procesos políticos. En 1990 y en menor medida en 1991, el FLN fue capaz de apoyarse en sus feudos tradicionales del interior gracias a las redes de parentesco y lealtad, pero por supuesto también de tipo clientelar que gozaban de buena salud en ciertas zonas rurales (Cherrad). Hachemaoui, más de diez años después, confirmaba el mismo fenómeno clientelar en el comportamiento político electoral. Otros observadores como Ouenzar han constatado la persistencia del hecho tribal-clientelar entre las poblaciones nómadas y sedentarias del extremo sur del país, entre ellas los tuaregs.

En la etapa actual que se abre a partir de 1995-96 de pluralismo autoritario o «pluralismo administrado» (Khalfoune), el sistema electoral y de partidos está cuidadosamente diseñado para evitar sobresaltos. Tanto es así que por exceso de rigidez entre otras cosas, está conduciendo a los partidos a la parálisis y a la anomia. En un marco de funcionamiento dominado por los exorbitantes poderes presidenciales, los partidos políticos pierden continuamente su prestigio y razón de ser, ya que dejan de ser vectores de cambio social. Ni ellos mismos se renuevan, ni tampoco contribuyen a la circulación de élites. De ahí en

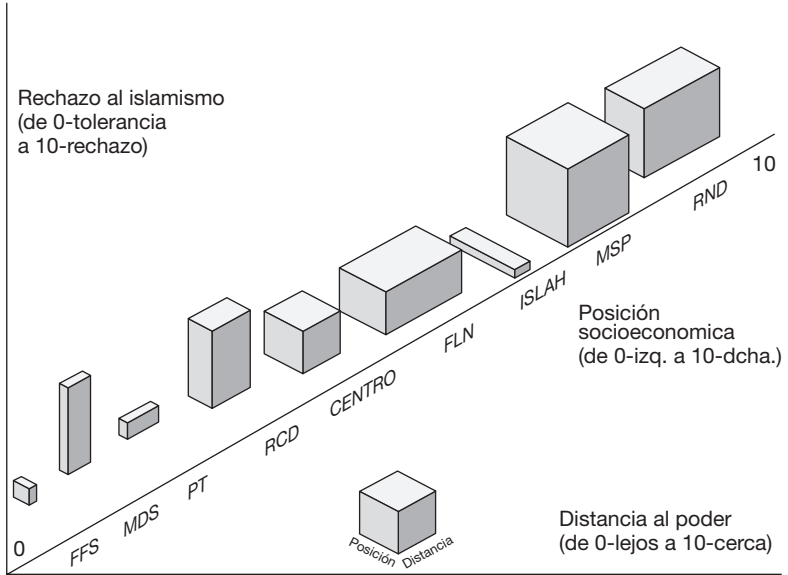
parte la creciente apatía ciudadana y el descenso de participación y de inscripción electoral. Los partidos, insertos en el ordenamiento jurídico actual, se cierran a sí mismos la posibilidad de producir cambio político alguno, el cual llegará necesariamente por otras vías, como lo hizo históricamente, con revueltas, golpes de palacio y revoluciones.

Como en la etapa del partido único y bajo el carisma de Ben Bella y de Bumedian, la práctica del referéndum ha sido reactivada en lo que se ha llamado el «pacto personal» a la argelina (Bras). El referéndum ha servido en este caso no tanto para plebiscitar al jefe del Estado o a su régimen como antaño, aunque también, sino para hacer pasar una cierta receta de perdón y de apaciguamiento («concordia» y «reconciliación») por encima de los partidos y del parlamento. En una especie de contrato unilateral, el presidente se compromete directamente con el pueblo y con nadie más (¿vuelta al unanimismo?) a aplicar una solución «magnánima» que cierre el conflicto. Ahora bien, que una consulta electoral pueda resolver asuntos de esta naturaleza no es evidente y plantea además cuestiones espinosas sobre la eficacia, legalidad y justificación moral de estas medidas.

Las elecciones presidenciales del 9 de abril de 2009 arrojaron un resultado casi plebiscitario para el candidato y presidente Abdelaziz Buteflika. Su abrumadora victoria (90,23 % de los sufragios, acompañada de una tasa de participación inversímil (74,76 %) confirman la personalización del régimen y la pérdida de importancia de los partidos políticos ya descrita anteriormente.

Anexos

CUADRO I. Representación espacial de los partidos argelinos con respecto a un centro político vacío



Siglas de partidos: Nacionalistas: FLN: Front de Libération Nationale, RND: Rassemblement National/Cabilios; FFS: Front de Forces Socialistes, RCD: Rassemblement pour la Culture et la Démocratie/Islamistas: MRN-ISLAH: Mouvement de la Réforme Nationale (Islah=Reforma), MSP: Mouvement pour la Société et la Paix (ex HAMAS). Izquierdas: PT: Parti des Travailleurs (cercano al trotskismo), MDS: Mouvement Démocratique et Social (ex comunista).

* A partir de 2003 tras la muerte de Mahfoud Nahnah, el MSP con su nuevo líder Buguerra Soltani comienza a reducir considerablemente su oposición al islamismo clandestino, representado por el FIS. Por tanto la altura actual (2010) de ese partido sería considerablemente más baja.

Fuente: Bustos, 2010.

CUADRO II. Elecciones y referendos en la Argelia independiente (1962-2010)

<i>Año</i>	<i>Presidenciales</i>	<i>Legislativas</i>	<i>Locales¹</i>	<i>Referenda²</i>	<i>Año</i>
1962				1.º Independencia	1962
1963		Constituyente 1.º		2.º Constitución 1963	1963
1964					1964
1965 ³					1965
1966					1966
1967			1.º		1967
1968					1968
1969					1969
1970					1970
1971					1971
1972					1972
1973					1973
1974					1974
1975					1975
1976	1.º			3.º y 4.º Constitución 1976 y Carta Nacional	1976
1977		2.º			1977
1978					1978
1979	2.º		2.º		1979
1980					1980
1981					1981
1982		3.º			1982
1983					1983
1984	3.º		3.º		1984
1985					1985
1986				5.º Modificación Carta Nacional	1986
1987		4.º			1987
1988	4.º				1988
1989				6.º Nueva Constitución	1989
1990			4.º		1990
1991		5.º ⁴			1991
1992					1992
1993					1993
1994					1994
1995	5.º				1995
1996				7.º Constitución	1996
1997		6.º	5.º		1997
1998					1998
1999	6.º			8.º Concordia Civil	1999
2000					2000
2001					2001
2002		7.º	6.º	9.º Reforma Constitucional	2002
2003					2003
2004	7.º				2004
2005				10.º Reconciliación Nacional	2005
2006					2006
2007		8.º	7.º		2007
2008				11.ª Reforma Constitucional	2008
2009	8.º				2009
2010					2010

En gris, período pluripartidista, que siguió a la etapa de partido único, 1962-1988.

1. Puede haber información incompleta para el período de partido único. 2. Principales referendums, hubo otros de menor importancia. 3. Ordenanza que abrogó la Constitución de 1963. 4. La segunda vuelta fue interrumpida.

Fuente: Observatorio electoral TEIM, <<http://www.observatorioelectoral.es>>, 2010.

CUADRO III. Resultados de las elecciones pluralistas en Argelia (1990-2007)

	1990	1991	1995	1997
Elecciones presidenciales (en % de votos)			<i>Fecha: 16-11</i> Zerual 61% Mahfud Nahnah 25% Saïd Sadi 9,6% Nur. Bukruh 3,8% Part: 75,68%	
Elecciones legislativas (en % de votos o en escaños)		<i>Fecha: 26-12 (1ª ronda)</i> FIS 47 %, 188 esc. FLN 23 FFS 7,4% RCD 1,5 MDA 2,0 INDEP. 4,5 Part: 59%		<i>Fecha: 5-06</i> RND 33%, 155 esc. MSP 14,8% FLN 14,3 MRN 8,7 FFS 5,0 INDEP. 4,4 RCD 4,2 PT 4 esc. Otros 5 esc. Part: 65,6%
Elecciones locales ¹	<i>Fecha: 12-06</i> FIS 54% FLN 28 RCD 2,1 INDEP. 11,6 Part: 65%			<i>Fecha: 23-10</i> RND 55% y 52% FLN 21 y 19 MSP 6 y 13 MRN 2 y 7 FFS 5 y 3 RCD 3 y 6 PT 11,741 (votos APC) Part: 65,21%

Fuente: elaboración propia, a partir de distintos datos oficiales (2010).

1. Cuando sólo se lista un resultado para las locales es el porcentaje de votos para la APC, si se listan dos, primero es APC (comunales) y luego, APW (provinciales).

1999	2002	2004	2007	2009
<i>Fecha: 15-04</i>		<i>Fecha: 8-04</i>		<i>Fecha: 9-04</i>
<i>Buteflika 73,79%</i>		<i>Buteflika 85%</i>		<i>Buteflika 90,2%</i>
Taleb Ibrah 12,53		Benflis 6,4		L. Hannun 4,5%
Yaballah 3,95		Yaballah 5		M. Tuati 2%
Ait Ahmed 3,17		Said Sadi 2		Y. Yunsi 1,4%
Hamruch 3		L. Hannun 1		M. Said 0,9%
Mokdad Sifi 2,2		Rebain 0,6		A. F. Rebain 0,8%
K. Yusef 1,2				
<i>Part: 60,25%</i>		<i>Part: 58%</i>		<i>Part: 74,56%</i>
		<i>Fecha: 30-05</i>		<i>Fecha: 17-05</i>
		<i>FLN 35,5%,</i>		<i>FLN 23%,</i>
		<i>199 esc.</i>		<i>136 esc.</i>
		RND 8,5%		RND 10,3%
		MRN 10		INDEP. 9,8%
		MSP 7,7		MSP 9,6%
		INDEP 4,9		PT 5%
		PT 3,3		FNA 4,25
		FNA 1,5		RCD 3,3%
		Nahda 0,6		Otros 35
		PRA 0,2		
		<i>Part: 46%</i>		<i>Part: 35,67%</i>
		<i>Fecha: 10-10</i>		
		<i>FLN 36.6 %</i>		
		RND 21,2		
		MRN 9,3		
		MSP 7,4		
		INDEP. 6,5		
		FFS 5,13		
		PRA 2,3		
		AHD 54 1,55		
		PT 56.8111		
		(votos APW)		
		<i>Part: 50,11%</i>		

CUADRO IV. Componentes del sistema electoral argentino

Regulación del sistema electoral	Constitución Ley Electoral	Art. 101, 102 y 103 Const. 1996 Ley 6/3/1997 modificada en 2002
Voto activo	Edad Censo Sexo Edad	>18 años Inscripción voluntaria en lista que se revisa anualmente Ambos >28 para legislativas, >40 para presidenciales, >25 para locales
Voto pasivo	Inelegibilidad Incompatibilidades Requisitos	Actividades antirevolucionarias del candidato o familiares Jueces, autoridades provinciales, fuerzas de seguridad y militares Más de 5 años de nacionalidad argentina y haber cumplido el servicio militar
Duración campaña electoral		19 días (+ 2 de reflexión)
Tipo de candidaturas		Plurinominales
Expresión del voto		Lista cerrada
N.º de circunscripciones		48 + 1 (residentes en extranjero)
Tamaño de circunscripciones		Variable, moda = 4
Fórmula electoral		Proporcional (L PR), método Hare
Piso o umbral electoral		5% en la circunscripción, para legislativas
Extensión del mandato	Presidencia Parlamento	5 años 5 años 389
Escaños del parlamento		
Aceptación de candidatos y proclamación de resultados		Tribunal Constitucional
Órgano de supervisión electoral		Comisión Política Nacional de Supervisión Electoral (CNPSEL)

Fuente: Observatorio electoral TEIM, <<http://www.observatorioelectoral.es>>, 2010.

Notas

1. Véase por ejemplo los valiosos trabajos de Jacques Fontaine sobre las elecciones locales de 1990, la primera ronda de las legislativas de 1991 y las presidenciales de 1995.

2. Es curioso observar que en las primeras elecciones celebradas en Argelia después de la independencia (las legislativas y constituyentes de 1963), se mantuvo la fórmula de dos colegios electorales separados. Esto se debió claramente a las presiones francesas, bien reflejadas en las garantías que establecían los Acuerdos de Evián (1962). Aunque esta separación contradecía el espíritu de la lucha por la independencia (la igualdad), en realidad no tuvo mayor importancia porque las condiciones de enfrentamiento y hostilidad creadas por la guerra hicieron que la inmensa mayoría de los europeos abandonaran el país, quedando minimizada la incidencia de este segundo colegio o cuerpo electoral, que acabaría lógicamente por desaparecer.

3. Ver Heggoy, Alf Andrew, «Algerian Women and the Right to Vote: Some Colonial Anomalies», *The Muslim World*, LXIV, 3, 1974, pp. 228-235.

4. *Op. cit.*

5. Véase sobre las elecciones de 1947 y 1948, R. Le Tourneau, *Evolution politique de l'Afrique du Nord (1920-1961)*, Armand Colin, París, 1962, pp. 365-366.

6. *Ibidem.*

7. Daniel Rivet, *Le Maghreb. À l'épreuve de la colonisation*, Hachette, París, 2002, p. 377.

8. Heggoy, *op. cit.*, p. 233.

9. Véase sobre este importante personaje del nacionalista argelino y miembro de la Asociación de Ulemas, James McDougall, *History and Culture of Nationalism. Algeria*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006.

10. Citado por D. Rivet en *Le Maghreb. À l'épreuve de la colonisation*, Hachette, París, 2002, p. 375.

11. M. Camau, *La notion de démocratie dans la pensée de dirigeants maghrébins*, Éditions CNRS, Aix-en-Provence, 1971.

12. Precaución, en primer lugar, porque estos datos son de fuentes oficiales y no han sido contrastados. A veces, no obstante, esas fuentes reconocen porcentajes de participación más crebles que otras (el 78,2 % de 1988, frente al 99,2 % de 1976 o al 98 % de 1963) (Martín Muñoz, 1991, pp. 116 y 119 y Benyoub, 1999, p. 70). En segundo lugar, porque los referendos mencionados miden el apoyo a las reformas propuestas por el Presidente y no exactamente el respaldo al FLN, el cuál fue precisamente muy criticado en esa época. En último lugar, porque siendo la población tan joven y habiéndose producido ese mismo año varios ataques contra las sedes del partido, resulta difícil creer que el FLN tuviese el mismo respaldo porcentual que en los años setenta. Citado en R. Bustos, 2003a, pp. 280-283.

13. Véase por ejemplo sobre las luchas clánicas que precedieron y envolvieron las revueltas de octubre de 1988, Nadir Yata, «Clans et luttes de clans en Algérie», *Monde arabe. Magreb-Machrek*, 122, 1988, pp. 92-95. Verso, Londres, 2003; igualmente, ADDI, Lahouari, «Les réformes comme expression des limites du populisme. II partie et fin de "La crise du populisme et les limites historiques du neo-patrimonialisme en Algérie"», *Algérie-Actualité*, 1988 y Addi, Lahouari, «L'Algérie, l'économie et la question du politique (I): Le clientelisme politique: négation de l'Etat», *Algérie-Actualité*, 1990, pp. 24-25.

14. Para una buena narración y análisis de las revueltas de octubre véase Abed Cha-

ref, *Algérie: autopsie d'un massacre*, Éditions de L'Aube, La Tour d'Aigües, 1988 y Abed Charef, *Algérie 1988. Un chahut de gamins?*, Laphomic, Argel, 1990.

15. Octubre de 1988, pese a ser sobre todo un fenómeno de las ciudades del norte, tuvo incluso repercusiones en el Sur. Por un lado, empeorando las relaciones ya tensas entre tuaregs y los estados de Mali y Níger y sus rebeldes. Por otro, poniendo en evidencia el autoritarismo de círculos gubernos del Frente Polisario y la RASD e incitando a algunos líderes saharauis de los campamentos de refugiados de Tinduf a romper con ellos y regresar a Marruecos.

16. Cf. Rafael Bustos, *El cambio político en Argelia (1988-1992). Análisis sistémico de una transición discordante*, Departamento de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales 2003a Universidad Complutense de Madrid, tesis doctoral, dir. S. Petschen, Madrid.

17. Véase *op. cit.*, pp. 400-405.

18. Véase por ejemplo para dos puntos de vista distintos Ramdane Babadji, «Le FIS et l'héritage du FLN: la gestion des communes», *Confluences Méditerranée*, 3, primavera, 1992 y François Burgat, «Après la crise du Golfe: jalons pour l'analyse de la mobilisation islamiste au Maghreb», J. M. Pereira y B. L. García *El Magreb tras la crisis del Golfo: transformaciones políticas y orden internacional*, AECI y Universidad de Granada Granada 1994, pp. 263-272.

19. El asesinato del presidente de APW de Tizi Ouzou, a quien este autor tuvo oportunidad de entrevistar, Aissat Rabah, en otoño del año pasado (12-10-2006) es un signo elocuente de que Kabília está lejos de ser pacificada, si bien su desaparición no guarda relación aparente con la movilización de los 'arouch. Véase el recurso electrónico del FFS: <http://www.ffi-dz.com/article.php?id_article=388>.

20. Karima Dirèche-Slimani, «Le mouvement des archs: pour une alternative autonome?», *Revue des Mondes Musulmanes et de la Méditerranée, REMM*, 111-112, 2006, pp. 183-196.

21. Del 2 % en las legislativas de 2002 hasta el 16 % en las presidenciales de 2004 y algo más del 30 % en la re-edición de las locales en noviembre de 2005 (las locales de 2002 fueron boicoteadas masivamente, salvo por el FFS, tras las movilizaciones que siguieron al asesinato de Massinissa, en 2001).

22. Véase <http://www.algeria-watch.org/fr/article/pol/kabylie/confirmation_percee.htm>, consultado en enero de 2007.

23. Datos recogidos de R. Benyoub, *L'Annuaire politique de l'Algérie*, Argel, Ed. Anep, 2002.

24. R. Benyoub, *L'Annuaire politique de l'Algérie*, Argel, 1999. El 3 % de las candidaturas fueron de mujeres y el 3 % de los escaños en el parlamento en 1997 también fueron a mujeres, frente al 6 % de los escaños en 2002.

25. Souad Brakchi, *Les disparités socio-spatiales en Algérie, approche statistique et cartographique*. Geografía e Historia 2005 Université Aix-Marseille, dirs. M. Côte y J.-C. Giacottino. Aix-en-Provence.

26. Cf. Said Haddad, «Portrait économique et social de l'Algérie à l'heure des émeutes en Kabylie», *Monde Arabe. Maghreb-Machrek*, 173, julio-sept., 2001, pp. 60-72.

27. La Plataforma de El-Kseur puede encontrarse en Internet en <<http://www.algeria-watch.org/farticle/kabylie/revendications.htm>> y también en el Informe del ICG L'Algérie: agitation et impasse en Kabylie, Rapport n.º 15, 10 de junio de 2003, p. 43.

28. Cf. Bras, Jean-Philippe. «Élections et représentation au Maghreb», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 168, abril-junio, 2000, p. 11.

29. Véase Rafael Bustos, «Argelia. Un panorama político dividido», *Afkar-Ideas*, 11, otoño, 2006, pp. 50-51, en el que se trata precisamente de la ley de partidos de 1996 y sus consecuencias para el sistema de partidos actual. Y también Tahar Khalifoune, «La loi sur les partis politiques: un pluralisme administré», *Cahiers de confluences de l'Université de Nancy II*, abril, 2000, pp. 267-287.

30. Bras, *op. cit.*, p. 12.

31. *Ibidem*.

32. Sobre esta cuestión tan espinosa de la reconciliación plebiscitada, véase entre otros Rafael Bustos, «Le référendum sur la charte pour la réconciliation nationale en Algérie et ses textes d'application», en *L'Année du Maghreb 2005*, Éditions du CNRS, París, aparecerá en 2007, así como Abderrahmane Moussaoui, «Pertes et fracas. Une décennie algérienne meurtrière», en *Naqd. Revue d'études et critiques sociales*, n.º 18, otoño-invierno, 2003, pp. 133-150 y el texto colectivo «Algérie, une amnistie qui ne passe pas», firmado por Patrick Baudouin (abogado, presidente de honor de la FIDH), William Bourdon (abogado), François Burgat (político), Antoine Comte (abogado), François Gèze (editor), Alain Lipietz (diputado europeo) y Pierre Vidal-Naquet (historiador), en *Algeria-Watch*, 04-04-2006 (Una versión abreviada apareció en la sección «Rebonds» de periódico francés *Libération*, el 04-04-2006).

Bibliografía

- Addi, L., «Les réformes comme expression des limites du populisme. II partie et fin de “La crise du populisme et les limites historiques du neo-patrimonialisme en Algérie”», *Algérie-Actualité*, 1988.
- , «L'Algérie, l'économie et la question du politique (I): Le clientelisme politique: négation de l'Etat», *Algérie-Actualité*, 1990, pp. 24-25.
- , «Les partis politiques en Algérie», *Revue des Mondes Musulmanes et de la Méditerranée, REMMM*, 111-112, 2006, pp. 139-162.
- Ageron, C.-R., *Histoire contemporaine de l'Algérie*, Presses Universitaires de France, París, 1979.
- Aït-Aoudia, M., «La naissance du Front Islamique de Salut: une politisation conflictuelle (1988-1989)», *Critique Internationale*, 30, enero-marzo, 2006, pp. 129-145.
- Babadji, R., «Le FIS et l'héritage du FLN: la gestion des communes», *Confluences Méditerranée*, 3, primavera, 1992.
- Benamrouche, A., «État, conflits sociaux et mouvement syndical en Algérie (1962-1965)», *Monde Arabe. Maghreb-Machrek*, 148, abril-junio, 1995.
- Bennadji, C., «Chronique politique. Algérie: la fin de la crise politique?», *L'Annuaire de l'Afrique du Nord*, 2006.
- Benrabah, M., «Voyage en Algérie, pays des 66 milliards de dollars de réserve et de l'immense désespoir des jeunes», *Esprit*, diciembre, 2006, pp. 61-75.
- Benyoub, R., *L'Annuaire politique de l'Algérie*, Entreprise Nationale des Arts Graphiques, Argel, 1999.
- , *L'Annuaire politique de l'Algérie 2002*, Ed. Anep, Argel, 2001.
- Brakchi, S., *Les disparités socio-spatiales en Algérie, approche statistique et cartographique*, Geografía e Historia 2005 Université Aix-Marseille M. y. G. Côte, Jean-Claude Aix-en-Provence.

- Bras, J.-P., «Élections et représentation au Maghreb», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 168, abril-junio, 2000, pp. 3-13.
- Bucaille, L., «L'engagement islamiste des femmes en Algérie», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 144, abril-mayo-junio, 1994.
- Burgat, F., «Après la crise du Golfe: jalons pour l'analyse de la mobilisation islamiste au Maghreb», J. M. Pereira y B. L. García *El Magreb tras la crisis del Golfo: transformaciones políticas y orden internacional*, AEI y Universidad de Granada 1994, pp. 263-272.
- , «La mobilisation islamiste et les élections algériennes du 12 juin 1990», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 129, julio-agosto-septiembre, 1990.
- , «Algérie: l' AIS et le GIA, itinéraires de constitution et de relations», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 149, julio-agosto-septiembre, 1995.
- Bustos, R., «El cambio político en Argelia (1988-1992). Análisis sistémico de una transición discordante», Departamento de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales, Universidad Complutense de Madrid, tesis doctoral S. Petschen, Madrid, 2003.
- , «Economic Liberalization and Political Change in Algeria: Theory and Practice (1988-1992 y 1994-1999)», *Mediterranean Politics*, 8, 1, primavera, 2003, pp. 1-25.
- , «Elecciones presidenciales en Argelia. La sorpresa de una victoria contundente», *Afkar-Ideas*, 3, 2004, pp. 51-55.
- , «Argelia. Un panorama político dividido», *Afkar-Ideas*, 11, otoño, 2006, pp. 50-51.
- , «Le référendum sur la charte pour la réconciliation nationale en Algérie et ses textes d'application», *L'Année du Maghreb*, 2007.
- Bustos, R. y L. Zaccara, «Comparando elecciones y sistemas políticos en Irán y Argelia: ¿estructuras o superestructuras electorales?», R. Martínez Dalmau, *Europa y el Mediterráneo. Perspectivas del diálogo Euro-Mediterráneo*, Ediciones de la Universidad de Valencia, Valencia, 2006, pp. 37-50.
- Camau, M., «Changements politiques et problematique du changement», M. Camau *Changements politiques au Maghreb*, CNRS, París, 1991, pp. 3-12.
- , *La notion de démocratie dans la pensée des dirigeants maghrébins*, CNRS, Aix-en-Provence, 1971, p. 512.
- Catusse, M., «Les partis politiques dans le monde arabe (Maghreb). Présentation», *REMMM*, 111-112, 2006, pp. 9-14.
- Charef, A., *Algérie: autopsie d'un massacre*, Éditions de L'Aube, La Tour d'Aigües, 1988.
- , *Algérie 1988. Un chahut de gamins?*, Laphomic, Argel, 1990.
- , *Algérie, le grand dérapage*, Editions de l'Aube, La Tour d'Aigües, 1994.
- Cheikh, S., «Les élections locales en Algérie à l'ère du multipartisme», G. Martín Muñoz, B. López García y M. H. De Larramendi *Elecciones, participación y transiciones políticas en el Norte de Africa*, AEI, Madrid, 1991, pp. 247-286.
- Cherrad, S.-E., *Élections municipales et législatives en Algérie. Les scrutins du 12 juin 1990 et du 26 décembre 1991*, Laboratoire de Géographie rurale, Université Paul Valéry, Montpellier, 1992.
- De Larramendi, M. H., *Argelia, Libia y Túnez ante el nuevo siglo*, Conferencia ofrecida en el CIDAF, Centro de Información y Documentación sobre África, Madrid, 2000.

- Denni, B. y P. Bréchan, «Les méthodes de l'analyse électorale», D. Gaxie *Explication du vote. Un bilan des études électorales en France*, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, FNSP, Paris, 1985, pp. 49-76.
- Dilman, B., «Parliamentary Elections. Prospects for Pluralism in North Africa», *Government & Opposition*, 35, 2, abril, 2000.
- Dirèche-Slimani, K., «Le mouvement des archs: pour une alternative autonome?», *Revue des Mondes Musulmanes et de la Méditerranée, REMM*, 111-112, 2006, pp. 183-196.
- Djabi, A., *Élections: L'État et la société*, Casbah Éditions, Argel, 1998.
- Djeghloul, A., «Le multipartisme à l'algérien», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 127, enero-febrero-marzo, 1990, pp. 194-211.
- Droz, J.-P., «Quel avenir pour l'autoritarisme dans le monde arabe?», *RFSP*, 54, 6, diciembre, 2004, pp. 945-979.
- Fontaine, J., «Les élections locales algériennes du 12 juin 1990. Approche statistique et géographique», *Monde arabe. Maghreb-Machrek*, 129, julio-agosto-septiembre, 1990, pp. 124-139.
- , «Les élections législatives en Algérie: Les résultats du premier tour», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 135, enero-marzo, 1992.
- , «Les élections présidentielles en Algérie: résultats», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 151, enero-febrero-marzo, 1996.
- Gobe, É., «Corporatismes, syndicalisme et dépolitisation», E. Picard, *La politique dans le monde arabe*, 2006, pp. 171-192.
- Grine, H., *Chronique d'une élection pas comme les autres*, Alpha Édition, Argel, 2004.
- Hachemaoui, M., «La représentation politique en Algérie. Entre médiation clientélaire et prédation», *Revue française de science politique*, 53, 1, 2003, pp. 35-73.
- Haddad, S., «Portrait économique et social de l'Algérie à l'heure des émeutes en Kabylie», *Monde Arabe. Maghreb-Machrek*, 173, julio-septiembre, 2001, pp. 60-72.
- Heggoy, A. A., «Algerian Women and the Right to Vote: Some Colonial Anomalies», *The Muslim World*, LXIV, 3, 1974, pp. 228-235.
- International Crisis Group, ICG. *L'Algérie: Agitation et impasse en Kabylie*, ICG, Brussels, 2003.
- Kalyvas, S. N., «Wanton and Senseless? The Logic of Massacres in Algeria», *Rationality and Society*, 11, 3, 1999, pp. 243-285.
- Kapil, A., «Chiffres-clés pour une analyse. Portrait statistique des élections du 12 juin 1990», *Cahiers d'Orient*, 23, tercer trimestre, 1991, pp. 41-63.
- Khalfoune, T., «La loi sur les partis politiques: un pluralisme administré», *Cahiers de confluences de l'Université de Nancy II*, abril, 2000, pp. 267-287.
- Khelladi, A., *Démocratie à l'algérienne. Leçons d'une élection*, Marsa, Argel, 2004.
- Le Tourneau, R., *Evolution politique de l'Afrique du Nord (1920-1961)*, Armand Colin, Paris, 1962, pp. 312-324 y 364-367.
- Leca, J. y R. Leveau, «L'Algérie: démocratie, politiques économiques et demandes sociales», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 139, 1993.
- Lowi, M. R., «Algérie 1992-2002: une nouvelle économie politique de la violence», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 176, primavera, 2003, pp. 53-72.

- Martinez, L., *La guerre civile en Algérie*, Karthala, París, 1998, p. 429.
- , «De l'élection présidentielle: la quête d'une nouvelle légitimité algérienne», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 168, abril-junio, 2000, pp. 41-50.
- McDougall, J., *History and Culture of Nationalism. Algeria*, Cambridge University Press, Cambridge, R.U., 2006.
- Monde Arabe Maghreb-Machrek*, «Monde arabe: villes, pouvoirs et sociétés», 143, enero-febrero-marzo, 1994.
- Montabes Pereira, J., *Las otras elecciones. Los procesos y sistemas electorales en el Magreb*, Agencia española de Cooperación Internacional, AECI, Madrid, 1999.
- Musette, M. S., «La situation sociale en Algérie», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 167, enero-marzo, 2000, pp. 93-106.
- Nohlen, D., M. Krennerich y B. Thibaut, *Elections in Africa. A Data Handbook*. Oxford University Press, Oxford, 1999.
- Nohlen, D., *Sistemas políticos y sistemas electorales*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2004.
- Ouenzar, I.-A., *Centro y márgenes – las minorías «inexistentes»*, Conferencia en el Seminario Centro y márgenes —las minorías «inexistentes», IECAH-Fundación Euro-Arabe, Madrid, 21-12-2006.
- Parks, R. P., «An Unexpected Mandate? The April 8, 2004 Algerian Presidential Elections», *The Middle East Journal*, 59, 1, invierno, 2005, pp. 98-106.
- Peyroulou, J.-P., «L'Algérie malade de ses violences», *Esprit*, 10, octubre, 2004, pp. 125-138.
- Rivet, D., *Le Maghreb. Á l'épreuve de la colonisation*, Hachette, París, 2002.
- Roberts, H., *The Battlefield of Algeria (1988-1992). Studies in a Broken Polity*, L. Seriak, *Les élections en Algérie: Tout ce qu'il faut savoir*, 1997.
- Szmolka Vida, I., «Las elecciones presidenciales y las relaciones de poder en Argelia», *Sistema*, 189, noviembre, 2005, pp. 79-104.
- Talahite, F., «Économie administrée, corruption et engrenage de la violence en Algérie», *Revue Tiers Monde*, 41, 161, enero-marzo, 2000, pp. 49-74.
- Taleb Ibrahim, K., «Algérie: l'arabisation, lieu de conflits multiples», *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, 150, octubre-noviembre-diciembre, 1995.
- Temlali, Y., «La revolte de Kabylie ou l'histoire d'un gachis», *Confluences Méditerranée*, 45, 2003.
- Tlemçani, R., *Élections et élites en Algérie. Paroles de candidats*, Argel, Chihab, 2003.
- Volpi, F., *Algeria 2004: Plus ça change, plus c'est la même chose, on Algerian Presidential Elections 2004*, FRIDE, <<http://www.fride.org/File/ViewLinkFile.aspx?FileId=272>>.
- Yata, N., «Clans et luttes de clans en Algérie», *Monde arabe. Magreb-Machrek*, 122, 1988, pp. 92-95, Verso, Londres, 2003.